

Las demás.

Dante Leonel

2010

Parecía como las demás, no era, solo parecía. Era brillante y clara, por eso parecía, brillaba tanto y tan libre que esa claridad se dejaba transparente, se fundían la mañana y ella en una misma transparencia. La mañana frágil y por descubrir, ella en su coraza y ya demasiado conocida. Un solo rayo de sol frío entraba por la persiana y lo despertaba, ese rayo de sol frío sin enterarse del daño que provocaba a sus ojos y esa persiana que ella, fría para él, siempre dejaba abierta antes de dormir. Se despertaba, a su lado, y parecía como las demás, pero esta vez era más de lo que parecía. Apenas vestida, a su lado, apenas vestida solo por esa comodidad, apenas vestida ya sin deseo, ni insinuaciones, ni el latido mas rápido al verla desvestirse, comodidad. Tan comúnmente que no les interesaría ni el mas mínimo detalle, ni tampoco no descubrirían nada nuevo, abrió bien los ojos, sintió el sabor seco de su boca y se obligo a sonreír al verla, al verla a ella ya despierta que lo miraba en silencio, dejando que se caigan solos los suspiros, que mas tarde se iban a dejar de escuchar por el ruido de calle que entraba cercana la rutina. No aguanto su aliento en el aire, y dio media vuelta. De cara a la ventana, el rayo de sol frío lo apuntó, ya entibiando el aire. Dio inicio al día, con su delicada y ortodoxa manera de vestirse, primero los zapatos, ultima la corbata. Y ella lo seguía con la mirada, callada, disfrutando hasta el último ruido que el haga al moverse cerca de ella. Camina taconeando por la casa, en silencio, alguna buena mañana tarareando, pero esta vez en silencio, abre despacio una puerta y mira a su hija, solo la mira, durmiendo, su persiana cerrada y la habitación siempre fresca. Ludmila. Siempre extrañándolo. Él, por último, hizo su actuación, sus tres esfuerzos diarios antes de unirse en la manada, era su previa, breve y fugaz despedida, con tres esfuerzos necesariamente sostenidos en la semana, desayunar un agrio café, ajustar su corbata y besarla.

Hasta cercano el mediodía, cuando los rayos de sol no son más fríos, ni tampoco tibios, trabaja. Ni bien el horario lo habilita, deja el encierro, el constante sonido de teclas, de ruidos de bombillas cuando no hay más agua, de charlas monótonas, y el brillo de la pantalla para caminar despacio hasta la plaza, la plaza más cercana, donde iba a fumar su único cigarrillo del día. Lo encendía y se sentaba, arrugando los ojos fumaba. Observaba, sin pensar en lo que veía, como la gente pasaba, los pájaros que iban y venían, algún vendedor, algún perro. Agarraba su cabeza con las dos manos y tiraba humo. Al levantar la mirada, vio en frente a él, en un banco sentada, una mujer. Una mujer que frágil y quieta estaba mirando los pájaros, los mismos pájaros que iban y venían, pero ella daba la impresión de estar pensando, no necesariamente en los pájaros, ni mucho menos en él. La miro y se dio tiempo a pensar. Hace tanto no pensaba en otra cosa que no sean quejas, números, cuentas o fechas, que se dio mucho tiempo, quizá mas del debido. Era un hombre casado, con una hija, casa, un hombre estable. Supuso que la mujer también sería una persona ya establecida, solo por su forma de estar vestida, formal, seria y sin esa búsqueda de protagonismo, sin resaltar. Completa de ropa clara, ropa fina, liviana. La cara le recordó a alguien de su pasado, las expresiones que tenía, las arrugas en su sonrisa, los pómulos pronunciados y una seña inconfundible en su nariz. No dejo de mirarla, no dejo de pensar tampoco, y ya dio rienda libre a sus ilusiones. Hace tanto no daba rienda libre a las ilusiones, a esos planes que nunca iba a concluir, huidas planeadas, viajes eternos y días de solo disfrutar. Creció, aunque su etiqueta de "persona estable" le signifique no desatarse de la comodidad que había conseguido, creció en ideas. Sin advertir nada, ella levanto la mirada y lo descubrió. Bajo de su nube, dejo de darle rienda suelta a las ilusiones, dejo de crecer y de pensar, se sintió un mirón. Un ladrón

de la intimidad de esa mujer, que estaba tan libre en su momento de esparcimiento. Antes de que pueda levantar de nuevo la mirada para consolar su sentimiento de usurpador de intimidades, ella se acercó y le habló. Se conocían. Ella también se acordaba de él, de cerca por su voz y su pregunta, le dio total seguridad de que se conocían de antes. Quizá no recordaba su nombre, ni de donde la conocía, pero sí un sentimiento pendiente, una sensación de niño, amor de infancia, una atracción de la adolescencia, o una historia. Eso era, no parecía, era una historia suya. Para ella, a juzgar por su sonrisa también estaba jactándose de que él, era una historia de ella. Las inquietudes que a ambos le invadían no eran pocas pero ninguno se animaba a tirar la primera pregunta. ¿Te acuerdas de mí? Ambos sabían que sí. ¿Qué es de tus días? ¿Cómo es que estas? ¿Cuánto tiempo paso? ¿Sos feliz? Y otras preguntas con melodía, ¿A que son bailan tus caderas? ¿Qué sudores te alimentan? También tenían en su lengua las preguntas más condenantes, para los dos. ¿Te casaste? ¿Tenes hijos? Sos una persona estable. Si, sos esa persona estable que no puede dejarse llevar por una vieja ilusión para hacerla realidad y quizá ver de que se trataban esos latidos tan apurados. No debían, ni podían.

Empezaron a contestarse. Estaban ambos bien, uno se acordaba del otro, y sus días, eran rutina. Había pasado mucho tiempo. Él comparaba su paso del tiempo, acostumbrado a su condición, con el tiempo que llevaba de casado. Habían pasado ligeros veinte años, ahora ligeros. Veinte años de casado. Y a ella la tendría que haber conocido antes, sino no le hubiera dado importancia. Ella por su parte, no daba a conocer ningún dato personal, más bien no daba a conocer su estado civil. El entre tanto, recordó a su hija. Ludmila. Lo único que le preocupó herir con esta ilusión filosa. Dejo pasar esa preocupación, sabía que no iba a pasar más que de una charla, espontanea y luego iba a volver a su casa, para mañana olvidarse.

Estaban casados, ambos dos, y hace mucho tiempo. Ella no trabajaba, podía dedicar su tiempo completo a lo que quería, que rara vez suele coincidir con un trabajo. Ella casada, el casado. Coincidían. El con una hija, y ella por contestar. Le preguntó, sin más. Le pregunto si había tenido hijos, y ella contesto que si, una hija. La cuidaba. Se quedaba en su casa por la mañana a cuidarla. El ya habiendo roto el hielo de las preguntas sobre su casa, se animo a seguir hurgando entre la vida de esa mujer, que se impuso tan importante en su mediodía. Ella contestando, sin dudar. Estaba enamorada. Continuaba enamorada de su marido, con quien llevaba años, largos años casada. Su hija, era pequeña, como Ludmila. Coincidencia. Su marido, estaba trabajando. Eso inconscientemente, sin justificaciones le hizo pensar que en su hora libre, ella tenía su casa vacía. Vacía de impedimentos para visitarla. Su esposo, un impedimento. Su esposa, en casa. Ella le tomo las manos y le confesó estar dudando de quien era el realmente, y de porque tenía la sensación de conocerlo y de que sea tan importante en la simpleza de su mediodía. Estaban a mano. En las mismas condiciones, y el dijo también su parte. Un momento de silencio, explico todo. Caminaron sin saber exactamente adónde iban, caminaron sin mirarse. Cuando seguían contándose sus vidas, seguían encontrándose en iguales condiciones.

Mientras caminaban, el, para ubicarse en el momento, para saberse cercano a su trabajo, miró su reloj. No funcionaba, siempre había querido comprarse un reloj que le respondiera pero no le gustaban los precios. Le pregunto si llevaba reloj, y ella nunca usaba. Tal como su esposa, nunca quería saber en qué horario del día estaba, como nunca tuvo que cumplir horarios, ella se dejaba guiar por su cuerpo, si tenía hambre, era hora de comer y si tenía sueño, hora de dormir. De esas cuestiones, entre tantas que ella sin saber tenia, el se había enamorado. Y

veía como ella se lo hacía refrescar. Quizá había aparecido a hacerle recordar el amor por su esposa, el amor que se había tornado ya costumbre y conformismo en un día a día. Caminaron, varias cuadras, ya no le importo el horario, pensando en su esposa, pero si le importo adónde iban. No iba a preguntar, iba a deducir. Mientras la escuchaba hablar de su marido, felizmente enamorada, el se vio cercano a su casa. No se dejó preocupar y la escuchó. La notó triste, reprochaba una falta de interés de parte de su marido, decía tener que estar buscando ella el momento de verlo, siempre el haciendo algo, nunca dedicando su alma y cuerpo a ella, enredado en una obligación. Preguntó adónde iban. No quería acercarse tanto a su casa, con una mujer hermosa a su lado, no quería tener esa sensación de haber elegido mal, de fallarle a su esposa, a su hija, de que lo viera una vecina y hable de más, de tener que explicarle a nadie que es lo que estaba haciendo, y se detuvo. Ella le contestó que ella quería mostrarle a su hija, y mostrarle su casa. El se negó. Seguro se negó. No estaba su marido, lo intentó convencer con eso, y no fue difícil. Se vio atrapado en una aventura. En realidad se dejó atrapar. Y fueron, hasta la casa de ella. Entraron y en silencio, el fue observando alrededor, vio fotos familiares, vio una casa hermosa, de habitaciones frescas, de colores claros, de persianas que dejaban entrar luz, preciada luz. Ella quieta, lo dejó que se interesara por su vida. Camino por los pasillos, él los conocía, camino mirando todo, sabiendo que había atrás de cada puerta cerrada, sin necesidad de preguntar, ni abrirla. Se detuvo, y volvió a la entrada, a la primer habitación en que estuvo. Miro las paredes, el color. Le recordó a su casa, su vieja casa, cuando las paredes todavía eran blancas y su esposa eligió su color preferido para la primer habitación. El color, era ese color. No se animó a decir nada más que eso. Se sintió de vuelta en ese momento, en el momento en que

empezó a vivir con su esposa en su nueva casa, en una nueva vida, una nueva y hermosa elección. Se sintió una vez más frente a ella, se acordó de su mirada y de los planes que felizmente hacían, todos los sueños que habían cumplido, y los que ella le había dejado cumplir, y se invadió de una nostalgia, una emoción que hace tiempo no tenía. Se sintió otra vez repleto de dulzura, orgulloso de su ternura y enamorado, enamorado de la mujer que eligió, la volvió a elegir. Ella lo miraba, lo supo desconcertado, lo observaba atrás de él, y sin decir nada, lo tomó de la cara y lo besó. Se dejó besar, y luego se alejó. La miro, de cerca. La miro sonreír, y vio a su esposa. La empujó y salió corriendo por la puerta, corrió hasta la vereda y quiso ir urgente hasta su casa. Lo tomaron por la espalda violentamente, y al ver que era su esposa se le detuvo la respiración. Dejó caer un fuerte suspiro, y antes de que él pueda explicar el desconcierto, ella le dijo que se tranquilice. Que vuelva a casa. Le dio la mano y entraron juntos, otra vez miro en silencio alrededor, las fotos familiares, una casa hermosa, de habitaciones frescas, de colores claros, de persianas que dejaban entrar luz, que dejaban entrar una preciada luz. Esa mujer que conoció, esa casa en la que entraron y las sensaciones que tuvieron, eran las mismas. Repitiéndose. Esa mujer su esposa, esa casa la suya y las sensaciones para que describirlas.